

1. LIBERTAD Y ORDEN: LA MIRADA DE LA COMPLEJIDAD

¿EN MEDIO DEL CAOS?

De vez en cuando los hechos sociales nos desbordan. Nos parecen innumerables, cambiantes, impredecibles. Nos resulta difícil identificar las relaciones entre ellos y darles algún sentido. Nuestro entorno nos luce entonces ajeno e, incluso, amenazante. En tales circunstancias a muchos nos gustaría encontrar explicaciones integradoras y accesibles que nos ayudasen a comprender, aunque sea de manera general, los problemas. Las interpretaciones especializadas, en ocasiones, lejos de aclararnos las cosas, nos las hacen aún más complicadas.

Este es un terreno fértil para el florecimiento de terribles simplificaciones. Explicaciones que se acomodan bien a nuestro prejuicios y que, con frecuencia, hacen responsable a alguien –individuos, grupos o países– de lo que nos sucede. Su seductora sencillez nos invita a renunciar a la búsqueda de interpretaciones más elaboradas y a rechazar cualquier evidencia o argumento que puedan cuestionar nuestras certezas.

Toda explicación implica, desde luego, algún grado de simplificación de la realidad. No existen hechos, solo interpretaciones, nos recuerdan numerosos filósofos. El asunto está en que algunas interpretaciones pretenden ser definitivas mientras otras permanecen abiertas a la experiencia. Las primeras conducen al fanatismo y al conflicto; las segundas al debate y al aprendizaje. Hay una demanda general de claridad intelectual, pero no todo vale con el fin de alcanzarla.

Muchos vienen argumentando que necesitamos hacer más complejo nuestro pensamiento para comprender mejor una realidad que se ha hecho irremediablemente más compleja. De proceder así tal vez descubramos que nuestro entorno solo es caótico algunas veces y que, en verdad, el orden es lo más frecuente. Otra cosa es que ese orden no sea de nuestro agrado o que nos perjudique. Que todo ello no nos sea evidente sugiere que, quizás, el problema esté en nuestra mirada, por así decirlo.

Quiero dedicar unos breves párrafos a la complejidad como tema. Las nociones que presento pueden lucir algo abstractas pero me parecen de gran ayuda para entender nuestro contexto. Una economía moderna, en particular, resulta ininteligible sin el uso de conceptos como el de sistemas complejos.

SOBRE LA COMPLEJIDAD

La complejidad, como estrategia intelectual, se define ante todo por su aspiración a superar el reduccionismo. Por reduccionismo entiendo la tendencia de cada disciplina a apropiarse de una parcela de la realidad y a tratar de explicar lo que acontece en ella prescindiendo del aporte de otras disciplinas. De acuerdo a ese sesgo intelectual, la ciencia económica se bastaría a sí misma para comprender la economía, la ciencia política para entender el proceso político, la psicología para analizar nuestra realidad psíquica y así sucesivamente. Una perspectiva que asuma la complejidad tiene, por el contrario, la disposición a interconectar diferentes dimensiones de lo real en la búsqueda de explicaciones sobre determinado fenómeno, sin sobrevalorar –ni desconocer totalmente– las fronteras entre disciplinas.

No sugiero que la perspectiva de la complejidad nos permita obtener una teoría unificada de la sociedad ni algo que se le parezca. Tampoco pretendo descalificar el valioso conocimiento especializado. Tan solo sostengo que la perspectiva de la complejidad tiene una propensión

unificadora que, probablemente, nos ayude a comprender mejor algunos de los problemas colectivos que hoy enfrentamos y a encontrar maneras más adecuadas para superarlos. En tal sentido, la economía, la filosofía, la política, el derecho y la ecología, entre otras disciplinas, vienen ya sosteniendo un diálogo fecundo que enriquece los análisis en sus respectivas esferas de estudio y, al mismo tiempo, hace surgir síntesis esclarecedoras. El pensamiento que separa y reduce debe, definitivamente, conjugarse con el pensamiento que distingue y religa (MORIN, 2001).

Las llamadas *ciencias de la complejidad*¹ nos permiten hoy tener una mejor comprensión de los sistemas complejos. Se denomina sistema complejo a todo conjunto relativamente grande de elementos que mantienen incontables interacciones de acuerdo a un número limitado de reglas y que logran generar un orden colectivo. En un sistema complejo no existe un control central. Nadie ni nada tiene la capacidad para cumplir tal función y, además, no es necesario pues los sistemas complejos crean su propio orden: se autorganizan. Una simple mirada a nuestro alrededor permite corroborar esta afirmación.

Nuestro entorno está compuesto por innumerables sistemas complejos. Desde una lejana y enorme galaxia a una diminuta molécula, desde nuestra comunidad al conjunto de naciones, desde una empresa a la economía mundial. Nosotros mismos, de hecho, somos sistemas, integrados por elementos que, a su vez, también son sistemas. La pregunta que tal vez deberíamos hacernos sería si hay acaso algo que no sea un sistema. Sí lo hay, desde luego. No constituye un sistema un grupo de elementos que no sigue ningún patrón de organización. Una planta que muere, por ejemplo, deja de ser un sistema vivo (aunque sus elementos no desaparezcan al desvanecerse el patrón que los mantenía organizados y se integren a otros sistemas).

Si pensamos por un momento en una economía podremos apreciar, entre otras cosas, cómo las personas usamos colectivamente enormes

1 Se llaman ciencias de la complejidad a un conjunto de enfoques y teorías que intenta comprender el funcionamiento de los sistemas complejos, identificables en cualquier ámbito de la realidad. Entre tales enfoques y teorías se incluyen la teoría de los sistemas disipativos, la teoría del caos y el pensamiento de sistemas.

volúmenes de conocimiento para crear y distribuir, cada día, incontables productos. Este no es un fenómeno individual: nadie posee ni puede poseer todo ese conocimiento. De hecho, «cuanto mayor es el conocimiento que los hombres poseen, menor es la parte del mismo que la mente humana puede absorber» (HAYEK, 1991). No se trata, además, solo de un asunto de cantidad. Buena parte del conocimiento del que hablo es creado y descubierto por cada persona, en sus circunstancias particulares; por ello es difícilmente transmisible. Es conocimiento no solo disperso sino también práctico y subjetivo. Y, a pesar de todo ello, una economía funciona. Lo hace «porque sus miembros forman redes que les permiten especializarse y compartir sus conocimientos con otros» (HAUSMANN, HIDALGO et al., 2011). Estas redes no son otra cosa que las múltiples interacciones que constantemente mantenemos, de acuerdo con ciertas reglas, a través de organizaciones y mercados. La economía es, en síntesis, un sistema complejo. Uno muy complejo, en verdad.

La complejidad de un sistema se define por el número de elementos que lo componen y por la naturaleza, cantidad y variedad de interacciones entre tales elementos. En sistemas muy complejos, la repetición de un sinnúmero de interacciones crea aceleraciones, inhibiciones, oscilaciones y otros fenómenos casi imposibles de pronosticar. Puede ocurrir, por ejemplo, que un cambio mínimo en alguno de sus elementos sea amplificado de forma impredecible hasta afectar la dinámica global del sistema. Este fenómeno ha sido popularizado como el «teorema de la mariposa»: un hecho tan insignificante como el aleteo de una mariposa en el otro lado del mundo puede ser el inicio de un proceso que acabe produciendo un huracán en nuestros predios.

Con respecto a los sistemas complejos no resulta pertinente hablar de un equilibrio único aunque su dinamismo no es, insisto, caótico. En tales sistemas es factible, más bien, identificar varios estados posibles que atraen a los elementos del sistema. Un sistema tenderá a permanecer en alguno de tales estados—llamados a veces «cuencas» de atracción por analogía a la forma en que son atraídas las aguas de un territorio hacia un río— mientras no experimente otro choque que lo desaloje de

allí y lo conduzca a otro estado. En tal sentido el orden económico, por mencionar un ejemplo, es algo que sucede constantemente, no es una situación a la que se llega para permanecer allí, indefinidamente. El orden es proceso constante. Es, repito, autorganización.

El desarrollo de la perspectiva de la complejidad ha estado estrechamente asociado a la revolución de las tecnologías de la información. Hoy es posible obtener y procesar volúmenes inimaginables de datos sobre nuestro entorno y sobre nosotros mismos. Por ello, en el campo de las ciencias sociales —especialmente en la economía— vienen disminuyendo los esfuerzos orientados a crear modelos de ecuaciones sobre sistemas complejos a nivel agregado. Aumentan, en cambio, los intentos dedicados a diseñar programas computacionales que reproduzcan las incontables interacciones de los elementos de diversos sistemas, de acuerdo con ciertas reglas². A partir de estas ideas e instrumentos es posible estudiar dinámicas que estaban, hasta no hace mucho, fuera del alcance de las investigaciones.

Es cierto que ya se había comprendido que, en muchas ocasiones, la consideración de los elementos de un sistema no nos permite entender el comportamiento de este como un todo. La expresión según la cual «el todo no es igual a la sumatoria de las partes» sintetiza la idea de que las propiedades de diversos sistemas no pueden deducirse del comportamiento individual de sus elementos. La explicación de estas propiedades «emergentes» requiere considerar las relaciones entre los elementos, precisamente aquello de lo cual había que hacer abstracción para tratar de modelar un sistema mediante ecuaciones. Las ciencias de la complejidad nos permiten hoy concentrarnos en las relaciones entre los elementos de un sistema y las reglas a las que se ciñen.

2 Algunos autores advierten sobre un riesgo asociado a estas tendencias. Así como la economía estándar se enamoró, por así decirlo, de sus modelos de equilibrio, las simulaciones de las relaciones entre agentes son una herramienta tentadora. Resulta muy atractivo dedicarse a inventar algunas reglas, diseñar un programa computacional que simule las interacciones de los agentes y reproducir la dinámica del sistema. Los gráficos que se obtienen pueden resultar ciertamente fascinantes aunque no se sepa muy bien qué significan. Ocurre, en otros términos, que más de un científico social tiende a actuar hoy como estadístico, restándole importancia al proceso de teorización (COLANDER y KUPERS, 2014).

Si nuestra mirada permanece a nivel de los elementos de un sistema, el cambio permanente nos dificultará llegar a una explicación global del sistema. Tampoco avanzaremos mucho si solo nos concentramos en el comportamiento del sistema como un todo, prescindiendo de las relaciones entre sus elementos. Ni la macro –ni la micro– perspectivas resultan suficientes para comprender los sistemas complejos. Sin embargo, si logramos identificar las reglas –a veces sorprendentemente sencillas– dentro de las cuales interactúan libremente los elementos, las cosas lucirán diferentes. Descubriremos algo fascinante. A pesar de ser prácticamente imposible conocer con exactitud el estado de un sistema complejo en cualquier momento, veremos que este logrará autorganizarse a partir del uso y producción de información y sin la necesidad de algún mecanismo de control central. La libertad de los elementos que constituyen un sistema complejo, en el marco de un conjunto básico de reglas de interacción, permite el surgimiento de un orden de gran dinamismo. Del aparente caos nace el orden.

Sistemas, complejidad, variedad, autorganización, impredecibilidad, evolución, libertad y reglas son, en definitiva, algunos de los términos que debemos sumar a nuestro léxico si queremos comprender mejor nuestro entorno y actuar eficazmente en él.

COMPLEJIDAD Y ECONOMÍA POLÍTICA

En este libro estudio el sistema económico pero este no es un libro solo de economía. Siendo consistente con la mirada compleja a la que me vengo refiriendo consideraré la economía como un sistema basado en un conjunto de reglas que sirve de marco a incontables decisiones individuales, capaz de generar un orden no diseñado por nadie en particular, ni siquiera por el gobierno, que también es parte del sistema. Partiré, además, de la idea según la cual la economía, como sistema, está en constante interacción con otros sistemas de la sociedad. La reflexión me conducirá, en diversas ocasiones, a la política, el

derecho, la moral. Esta es, por cierto, una de las razones por las que algunos autores hablaban de economía social, enfatizando algo obvio pero muchas veces olvidado: la economía es un sistema que se halla en permanente interacción con los otros sistemas de la sociedad.

Con respecto a las reglas o instituciones, en el marco de las cuales interactuamos, lo primero a destacar es que algunas de ellas son el resultado de acciones deliberadas mientras otras son, por el contrario, producto de la evolución histórica. Esa distinción no es precisa pero no por eso no deja de ser relevante. Obviarla puede hacer que políticas que se propongan modificar instituciones arraigadas en una sociedad generen grandes males, tal como la experiencia ha mostrado repetidamente. Veremos varios ejemplos sobre este particular a lo largo del libro.

Cualquiera fuese el caso, las instituciones siempre promueven ciertas conductas y disuaden otras. Conforman, como nos gusta decir a los economistas, «estructuras de incentivos». Cada uno de nosotros, actuando en uno o varios de los papeles que puede desempeñar en una economía moderna (consumidor, ahorrista, inversionista, empresario, trabajador, etc.), interactúa constantemente con otras personas, las cuales a su vez desempeñan uno o varios de esos papeles e interactúan con otras personas más. Si lo pensamos bien caeremos en cuenta de la enorme cantidad y variedad de interacciones que a cada instante se realizan en una economía, sin que nadie las coordine centralmente. Ello no se traduce en un desorden descomunal. Al contrario, la economía, como sistema complejo, tiende permanentemente a autorganizarse. Cómo ocurre esto es uno de los asuntos que trataré en estas páginas. Me permito adelantar que las reglas del mercado juegan un papel central en todo ello.

Quizás resulte obvio que no todo orden económico es deseable. El subdesarrollo es un tipo de orden y es una desdicha para quienes lo padecemos. Tal vez sea evidente también que un país no es realmente subdesarrollado: se subdesarrolla cotidianamente. Y este proceso depende, ante todo, de las reglas o instituciones en cuyo marco interactúan personas, empresas y gobiernos.

Aquí abogaré por un orden económico que, a partir de ciertas reglas, promueve el emprendimiento, incentiva la solidaridad social y genera bienestar para todos. Esta es, reitero, una perspectiva compatible con la adoptada por quienes vienen reflexionando sobre la complejidad, las ciencias sociales y las políticas económicas:

En una sociedad con normas favorables, las personas pueden tener una gran libertad de acción, sin dejar de lograr objetivos sociales. Este énfasis en la libertad individual se asocia generalmente con los defensores pro mercado, pero también es propio de los defensores de políticas que asumen la complejidad (...) En el marco de la complejidad, la política está diseñada para desempeñar un papel de apoyo en una ecoestructura que evoluciona –no está diseñada para controlar el sistema (COLANDER y KUPERS, 2014).

Ahora bien, sería ingenuo pensar que un orden que se subdesarrolla pueda ser sustituido por un orden de prosperidad sencillamente cambiando las reglas según las cuales opera la economía. Las cosas no suelen ser tan simples. Una economía subdesarrollada no es como una maquinaria dañada o incompleta que requiere la intervención de algún tipo de «ingeniero» social.

Muchas de las reglas en una sociedad no son ni podrían ser objeto de transformación intencional, como es el caso de ciertas normas culturales. Y aun siendo modificables, algunas reglas están asociadas a determinadas distribuciones de poder difíciles de alterar. De cualquier modo, sí es cierto que sin cambios en las reglas es casi imposible que una economía deje de mostrar las mismas conductas individuales y los mismos resultados colectivos. No todo cambio de reglas nos hará avanzar pero todo avance requiere un cambio de reglas.

Saber qué es posible y deseable modificar en materia de instituciones exige, sobre todo al liderazgo político, reflexión y medida.

En un sistema complejo, en principio, todo influye en todo lo demás. Con el fin de tomar decisiones sensatas se tienen que elegir los límites para el

problema en cuestión. Esto significa que los responsables políticos deben envolver necesariamente sus propuestas en un manto de humildad (COLANDER and KUPERS, 2014).

Comparar el desempeño de las economías implica, esencialmente, comparar las reglas con base en la cuales funcionan. Esto hace de la economía, como ciencia, economía política. Al fin y al cabo, como he dicho, las reglas son, en parte, productos de la acción deliberada. Con más exactitud, del proceso político. Así, al hablar de economía política estamos reconociendo la importancia de la política en la configuración de las instituciones que regulan la economía. «Economía política es, en última instancia, el estudio de los efectos de diferentes mecanismos, y sistemas de mecanismos, utilizados (o utilizables) por las sociedades para operar sus economías sociales» (PHELPS, 1985).

La economía política tiene, para decirlo en palabras de economista, una dimensión *positiva* cuando se propone aclarar y evaluar los distintos sistemas de reglas tal como ellos funcionan en la práctica, y una dimensión *normativa* al evaluar las ventajas y desventajas de cada sistema, a objeto de recomendar opciones a los ciudadanos y gobernantes. Estas dos dimensiones –la positiva y normativa– están estrechamente conectadas entre sí pues no tiene sentido proponer nuevas reglas sin poseer una adecuada teoría sobre el comportamiento humano y los procesos sociales.

La importancia de las reglas para entender los resultados económicos fue retomada en la ciencia económica hace pocas décadas. En un texto ya clásico, Brennan y Buchanan (1987) sostuvieron que:

Si las reglas influyen en los resultados y si algunos resultados son «mejores» que otros, se sigue que en la medida en que las reglas pueden ser elegidas, el estudio y análisis de reglas e instituciones comparativas se convierte en el objeto propio de nuestra reflexión. Sin comprender cómo los individuos que construyen un orden social actúan entre sí, y cómo los diferentes conjuntos de reglas afectan a estas interacciones, a los participantes les resulta

imposible hacer cambios pensados y meditados en las reglas existentes o incluso comportarse prudentemente con respecto a la preservación de aquellas reglas que han probado ser aceptablemente eficientes en el funcionamiento de la sociedad como tal.

Es una lástima que en este debate se olviden o desconozcan los aportes pioneros de diversos autores. Bien vista, la ciencia de la complejidad era la manera de pensar de los liberales. Algunos de ellos, los llamados ordoliberales, poco conocidos fuera de Alemania, dieron forma a una valiosísima escuela de pensamiento. La barrera del idioma puede explicar esta omisión. Aunque es posible que ello sea también expresión de las circunstancias inherentes a una posguerra.

De cualquier forma viene sucediendo que diversos expertos en ciencias de la complejidad empiezan a reconocer el trabajo de los viejos humanistas, quienes tenían una aproximación a los temas más literaria y menos formal. Algunos han dicho, incluso, que si desea obtener un científico de la complejidad tendríamos que combinar la sensibilidad de un humanista con una formación matemática formal (COLANDER y KUPERS, 2014).

LA PROMESA ORDOLIBERAL

El ordoliberalismo se adelantó a su tiempo. Entendió tempranamente la necesidad de la interdisciplinariedad y concibió la economía como un sistema complejo. Más aún, intentó superar la separación entre la reflexión normativa (el deber ser) con la investigación positiva (lo que es), aspirando a articular la defensa de la libertad individual con el ordenamiento de nuestras sociedades a partir de un número limitado de reglas.

El ordoliberalismo adoptó, como valor central, «...el principio del libre desenvolvimiento de la personalidad y de la autodeterminación...» (ERHARD y MÜLLER-ARMACK, 1983), sin dejar de ser consciente de la interdependencia de los diferentes sistemas (u órdenes)

que constituyen nuestras sociedades y, en especial, de la importancia de la política en el ordenamiento institucional de una economía libre³.

Esto significa, entre otras cosas, que para el ordoliberalismo el orden social deseable tiene algo de proceso espontáneo, surgido de las acciones libres de las personas, pero también de búsqueda consciente, resultado de una deliberada política en favor de la libertad. Así, orden (de allí el término «ordo») y libertad son armonizables, desde una perspectiva que trasciende lo puramente económico. El ordoliberalismo sostiene que:

Si bien el orden sin libertad engendra con demasiada frecuencia la coacción, la libertad sin orden, por su parte, muy fácilmente acaba amenazando con desvirtuarse hacia el caos. La historia nos ofrece ejemplos suficientes para ambas tesis (ERHARD, s.f.).

El ordoliberalismo —y la economía social de mercado— se alejan de las interpretaciones economicistas de la economía. Concibe la economía dentro de la sociedad y dentro del entorno natural, es decir, como un subsistema con su propia lógica pero en constante interacción con otros subsistemas. No padece —o, al menos, a eso aspira— de «ceguera» sociológica, política, ecológica o moral en su visión de la economía.

Esta es, quizás, una de las diferencias más importantes del ordoliberalismo con respecto a otras escuelas liberales. Röpke (1979) sostuvo que:

... constituía un grave error ignorar la estrecha relación existente entre los diversos órdenes humanos, particularmente la propia del orden político

3 El esfuerzo interdisciplinario que dio forma al ordoliberalismo fue desarrollado, inicialmente, por los pensadores alemanes Alfred Müller-Armack (quien acuñó el término economía social de mercado), Wilhelm Röpke y Walter Eucken, entre otros. Influyeron también en ese esfuerzo pensadores austríacos como Friedrich Hayek o Ludwig Mises, aunque estos no se identificaron plenamente con la economía social de mercado. Eucken lideró la llamada Escuela de Friburgo, integrada además por Franz Böhm, Hans Großmann-Doerth y algunos otros. Dicha Escuela centró su reflexión en el ordenamiento político de una sociedad y una economía libres, por lo que fue llamada «ordoliberal». Sus planteamientos fueron compartidos, en buena parte, por pensadores y políticos como Müller-Armack, Röpke, Rüstow y Erhard. Estos, sin embargo, se ocuparon más en cómo hacer realidad una economía social de mercado. De cualquier modo, debe notarse que los autores mencionados no dieron forma a un cuerpo único y cerrado de ideas.

y el económico. Aquí debe radicarse, a todos los efectos, aquello que diferencia al liberalismo alemán de la II posguerra del neoliberalismo de los profesores austriacos de economía y sus seguidores, particularmente los economistas norteamericanos.

El ideal ordoliberal es una sociedad que garantice la dignidad de las personas y su libertad creadora. Plantea que ello solo es posible, de acuerdo al sentido común y a la experiencia histórica, mediante el apropiado ordenamiento institucional de un sistema de mercado, de un sistema democrático y de una política social incluyente.

Pero el ordoliberalismo no propone cualquier economía de mercado sino una en la cual la libre competencia funcione adecuadamente. De igual modo, la democracia a la que se aspira es una que opere con base en un genuino pluralismo. Asimismo, la política solidaria que promueve tiene como propósito integrar a toda persona socialmente excluida al sistema de libertades y no crear mecanismos de dependencia del poder.

El intercambio y la competencia de ideas y de bienes resultarían fundamentales no solo porque son manifestaciones de la libertad sino también porque suscitan el emprendimiento, la innovación y el desarrollo. Todo ello requiere también, como veremos, un sistema de prácticas sociales y de creencias compartidas compatible con la libertad, la responsabilidad y la solidaridad.

La economía social de mercado no constituye un cuerpo intelectual cerrado, una doctrina autosuficiente. Es, en cierta forma, una manera de acercarse, con medida y con sentido de la interdependencia de los hechos sociales, a los diversos problemas económicos de cada realidad nacional. Es esa flexibilidad la que nos permite usarla como marco para comprender situaciones actuales, en las que los grandes temas públicos se presentan de forma diversa a como lo hicieron en Europa a mediados del siglo pasado.

Esa flexibilidad de la economía social de mercado no significa que adopte una perspectiva historicista y que, por un apego extremo a

los hechos de cada realidad concreta, niegue o desconfie de cualquier generalización. Ella claramente propone, a partir de la reflexión teórica y de su validación empírica, determinados arreglos institucionales como los mejores para atender ciertos problemas económicos. Dicha flexibilidad tampoco implica que asuma una posición pragmática. Por el contrario, todo su esfuerzo intelectual y práctico se orienta a la búsqueda de la más amplia libertad para todos.

La economía social de mercado rechaza cualquier tipo de colectivismo. Algo que fue más que una simple toma de posición para sus primeros promotores, quienes debieron enfrentar, pagando altos costos personales, al totalitarismo en sus dos versiones, la fascista y la comunista. Pero ella ha rechazado también las economías de mercado de tipo oligárquico (en las que el poder económico se concentra en unos pocos grupos o, incluso, en pocas familias) o de tipo monopolístico. Uno de sus lineamientos políticos más destacados, como veremos, ha sido siempre la desconcentración del poder en todas sus formas. El ordoliberalismo:

Reconoce la interdependencia entre los órdenes económico, político-legal y cultural; únicamente pide que entre ellos se establezcan las barreras necesarias contra el surgir del totalitarismo en cualquiera de sus formas (la ideologización de la economía, el intervencionismo estatal, el monopolio, la planificación central de la producción, la pretensión a un conocimiento perfecto y exhaustivo acerca de los elementos del mercado y, por consiguiente, sobre los precios, etc.) (SISON, s.f.).

El ordoliberalismo se distingue en aspectos fundamentales de otras doctrinas económicas y políticas. Tal hecho no ha trascendido a la opinión pública actual, dentro de la cual es posible encontrar quien afirme que la economía social de mercado es una modalidad de socialdemocracia o, en el otro extremo, quien piense que ella no se diferencia del liberalismo tradicional. Es un asunto que vale la pena aclarar ahora con el fin de evitar algunos equívocos.

DOS CAPITALISMOS, DOS SOCIALISMOS

El debate entre la economía social de mercado y otras doctrinas puede ser esbozado con base en dos pares de principios. Diferencio, por una parte, entre: a) el principio que hace descansar el desarrollo económico en la capacidad de emprendimiento de las personas, consideradas individual o colectivamente, y b) el principio que asigna a la acción del Estado el papel protagónico en materia de desarrollo, acción que puede ir desde la intervención en los mercados hasta su control total. Asimismo, distingo entre: a) el principio que asigna a la persona y a la propiedad privada una primacía moral y un papel fundamental en el funcionamiento de la economía, y b) el principio que defiende formas colectivas de vida y de propiedad, bien sea estatal o comunitaria.

La intersección de este par de principios antagónicos nos permite identificar cuatro tipos de doctrinas económico-políticas. La economía social de mercado que aquí presento se define por su apego a la libertad individual y a la propiedad privada. Comparte tal apego con doctrinas como la socialdemócrata (aunque esta lo haga con alguna reticencia), pero se diferencia de ella en la importancia que esta otorga a la intervención *directa* del Estado en el proceso económico. De modo semejante, la economía social de mercado coincide con doctrinas como el socialismo comunitario en la confianza que ambas tienen en la capacidad creadora de las sociedades (y no en la de los gobiernos), pero considera utópicos los planteamientos que desconectan el emprendimiento de la propiedad privada y de la aspiración al progreso personal. La economía social de mercado, por último, contraría doblemente a las doctrinas socialistas estatistas que niegan la libertad individual y la propiedad privada y que pretenden hacer del Estado el centro decisor e impulsor de la economía.

Estos cuatro enfoques estarían en la base de otros tantos modelos económicos y políticos. Podríamos agrupar tales modelos usando las habituales nociones de capitalismo (sistemas basados en la propiedad privada) y socialismo (sistemas basados en la propiedad colectiva).

El problema que surge, sin embargo, es que estas nociones resultan hoy día demasiado generales y requieren ser adjetivadas para ser útiles en el debate público.

Desde la perspectiva de la economía social de mercado hablaré entonces de un capitalismo competitivo, en contra de un capitalismo en el que el gobierno permite o genera oportunidades para el rentismo por parte de monopolios y otros grupos de poder (capitalismo rentista). Asimismo, me referiré a un socialismo que se debate entre la promoción del protagonismo de las comunidades organizadas (socialismo comunitario) y la presencia controladora de quienes ejercen el poder del Estado (socialismo burocrático). El cuadro siguiente resume todo el planteamiento.

Dos capitalismos, dos socialismos

	Poder	Emprendimiento
Libertad individual y propiedad privada	CAPITALISMO RENTISTA	CAPITALISMO COMPETITIVO
Colectivo y propiedad común	SOCIALISMO BUROCRÁTICO	SOCIALISMO COMUNITARIO

Vale la pena hacer también algunas precisiones acerca de la manera en la que los primeros pensadores ordoliberales trazaron el debate con otras doctrinas. Algunos de ellos hablaron en su momento de una «tercera vía», antecediendo en varias décadas a planteamientos similares hechos por la socialdemocracia. La «tercera vía» impulsada por esos ordoliberales tomaba distancia tanto del liberalismo permisivo del siglo XIX (que calificaron como paleoliberalismo) como del colectivismo en sus versiones de izquierda (comunismo) o de derecha (fascismo).

La idea de una tercera vía no fue afortunada, sin embargo. Muchos asumieron que ella promovía una economía de mercado pero intervenida por el Estado. Fue necesario que algunos de los fundadores de la economía social de mercado aclarasen que, en realidad, no existía una alternativa a una economía de libre mercado que no fuese alguna

forma de colectivismo. Para ellos el dilema entre libertad y opresión era fundamental y no debía ser minimizado.

Todavía hay quien piensa hoy que la economía social de mercado está a mitad de camino entre el liberalismo y el socialismo. Es un error de interpretación. Esa doctrina promueve, sin reservas, un sistema económico de libre mercado y competitivo. Mantiene que el gobierno debe ayudar a perfeccionar ese sistema mediante adecuadas reglas; su función no es intervenirlo o sustituirlo. La economía social de mercado no es, definitivamente, socialdemocracia.

A pesar de esto es cierto que el debate no puede ser planteado en los simples términos de dos modelos enfrentados. Hay matices que son importantes y que deben ser considerados. Esta es la manera en que interpreto a Röpke, quien afirmaba en los años 40 del siglo pasado que «hay siempre (...) un tercer género, lo cual exige un análisis más sutil que la cómoda alternativa entre dos términos (por ejemplo, entre socialismo y capitalismo)» (MOLINA CANO, s.f.). En el esquema que propongo aparecen no tres sino cuatro modelos económico-políticos.

De particular importancia me parece la distinción entre un capitalismo competitivo y un capitalismo rentista. Dicho en forma muy simple, en una economía de mercado moderna existen dos grandes maneras de tener éxito material. Una, ofreciendo a los demás los productos que podamos crear o los servicios que podamos prestar. Otra, capturando recursos de otros mediante el uso del poder. La primera es la vía productiva; la segunda, la rentista. La vía productiva encuentra su mejor ambiente en una economía libre y competitiva. La vía rentista, en economías altamente intervenidas por el Estado.

Uno de los procesos más preocupantes de las últimas décadas, en numerosos países, es la creciente perversión del vínculo entre la economía y la política. Es cada vez más importante, para alcanzar el éxito económico, la capacidad de influir en las decisiones públicas que la capacidad para competir. La creación de privilegios a través del cabildeo y de otros mecanismos es una búsqueda en la que coinciden variados grupos de interés y políticos. Se trata, como explicaré luego,

de un fenómeno que ha sido y es posible en la medida en que se concibe al Estado como la solución a casi todos los problemas económicos y se permite su intervención indiscriminada en el proceso económico.

Ocurre que frente a los riesgos del rentismo y de la plutocracia (o gobierno de los ricos) muchas sociedades vuelven su vista hacia alguna forma de populismo socialista. Se atribuyen al mercado los males del estancamiento, el desempleo, la desigualdad. Bien vistas las cosas, sin embargo, el mercado no es el problema sino aquella dinámica que mezcla, de diversas formas, el poder económico y el poder político. El mercado es, de hecho, parte de la solución. Pero un mercado libre y competitivo, no uno intervenido y distorsionado. No es una exageración sostener que la instauración de un verdadero régimen de libre competencia es hoy todo lo contrario al conservadurismo y tiene características perfectamente revolucionarias.

Esta es, según me parece, una aproximación intelectual al tema que viene cobrando fuerza. Diversos autores asumen ideas muy cercanas a las de la economía social de mercado, al parecer sin saber de ella. En un libro reciente, por ejemplo, se puede leer:

En una economía socialista [burocrática], el sistema político controla los negocios; en un sistema capitalista de compinches [o rentista], las empresas controlan el proceso político. La diferencia es mínima: en cualquier caso, la competencia no existe y la libertad se reduce. Sin competencia, la vida económica se convierte en injusta, favoreciendo a los conectados. La competencia es el ingrediente mágico que hace que el capitalismo funcione para todos (ZINGALES, 2014) ⁴.

Es claro, en definitiva, que los viejos planteamientos de la economía social de mercado aparecen hoy en esferas tan variadas como las investigaciones sobre la complejidad o el debate en torno a la desigualdad. Estas son razones suficientes para conocer mejor lo que tal escuela de pensamiento propuso y logró.

⁴ Los términos entre corchetes son míos.

LA PRUEBA DE LA EXPERIENCIA

Uno de los aspectos más interesantes de la economía social de mercado es que fue sometida, con éxito, a la prueba de la experiencia en circunstancias especialmente difíciles. Fue llevada a la práctica inicialmente en Alemania Federal, a partir de 1948, por figuras como Ludwig Erhard –primero en su condición de ministro de Economía bajo el mandato de Konrad Adenauer y luego como canciller federal–.

En ese tiempo el problema económico central en ese país era una mezcla de colectivismo e inflación. Un Estado que había crecido en exceso y que ejercía un asfixiante control sobre todo el sistema económico, enfrentaba graves problemas de financiamiento y acudió, como ha ocurrido tantas veces en la historia económica, a la manipulación de la cantidad de dinero para cubrir su déficit.

La reforma tuvo entonces dos componentes. Por un lado, la creación de disciplina en materia monetaria y fiscal. Por el otro, la eliminación del «...aparato de represión (precios máximos, racionamiento y los demás elementos de la economía coactiva), volviendo a la libertad de los mercados, a los precios libres, a la libre competencia, a la libertad de consumo y a la libre iniciativa empresarial» (RÖPKE, 2007). En el marco de este segundo componente se prestó especial atención a garantizar un ambiente de efectiva competencia, limitando cualquier tendencia al surgimiento de monopolios.

De este modo, «del caos y del marasmo de la economía planificada inflacionista surgieron las dos columnas de un auténtico orden económico: la fuerza directora e impulsora que radica en los precios libres y la estabilidad del valor del dinero» (RÖPKE, 2007).

Esta reforma contó con detractores desde su comienzo, incluidos, por cierto, funcionarios estadounidenses que ejercían la autoridad en determinados ámbitos en la Alemania ocupada. Pero Erhard y otros impulsores de la economía social de mercado mantuvieron la confianza en lo que hacían y se dedicaron a convencer a sus compatriotas, con sentido pedagógico y habilidad política, sobre la

conveniencia de las medidas adoptadas. No fue fácil, mas al cabo de pocos años los resultados en materia de crecimiento y bienestar fueron tan notables que el período fue calificado por algunos como el del *milagro alemán*.

Varios autores, sin embargo, sin descalificar esta notable experiencia, han sostenido que, en realidad, no hubo nada milagroso en lo que ese país logró. Afirman, en tal sentido, que los resultados alcanzados eran los que debían esperarse si eran adoptadas, con la prudencia necesaria, políticas liberadoras del emprendimiento económico. El propio Erhard afirmó que «lo que se ha llevado a cabo en Alemania... es todo lo contrario a un milagro. Es tan solo la consecuencia del esfuerzo honrado de todo un pueblo que, siguiendo principios liberales, ha conquistado la posibilidad de volver a emplear iniciativas humanas, humanas energías» (ERHARD, 1989).

La economía social de mercado es economía de sentido común. Tal vez lo que resulte impresionante sea que, luego de largos años de dominio totalitario y en un entorno mundial de creciente estatismo, Alemania Federal hubiese mostrado semejante *sindéresis*. Lo cierto es que la reforma:

... de elección en elección, fue ampliando la base política de la economía de mercado, al principio muy escasa, llegando por último a obligar a los socialistas a admitirla y borrar poco a poco de sus programas los dogmas típicos socialistas de la planificación económica y de la socialización (RÖPKE, 2007).

La economía social de mercado ha demostrado, además, su validez a lo largo del tiempo en diversos países de Europa y de América Latina. Aunque no debe ocultarse que las diversas crisis económicas globales vividas partir de los años 70 y hasta el presente han afectado en algo su aplicación integral, incluso en su país de origen. También la economía social de mercado ha sufrido los efectos del *capitalismo rentista* al que me he referido, alejándola de su sentido originario.

Estos acontecimientos dejaron algunos de los pilares de la economía social de mercado intactos, esto es, un compromiso con la propiedad privada combinado con el bienestar social y con una dura política de competencia para garantizar mercados libres y abiertos así como un banco central políticamente independiente y comprometido con el mantenimiento de la estabilidad de precios. Sin embargo, otros componentes estuvieron sometidos a un fuerte estrés durante este período de mal tiempo, en particular la idea de un gobierno fuerte pero limitado y separado del poder de los intereses creados, un sistema de seguridad social fuera del alcance de los políticos, así como programas de bienestar social limitados y financiados principalmente mediante impuestos (FUNK, 2010).

A pesar de todo es posible afirmar que la gran lección de la economía social de mercado para la historia sigue siendo válida: cambios sociales profundos y favorables pueden ser logrados si se piensa y actúa con sensatez en materia de política económica.

UNA REVOLUCIÓN SENSATA

Quisiera ofrecer ahora unos breves comentarios sobre la pertinencia de la economía social de mercado para impulsar el crecimiento y el bienestar en los países latinoamericanos. Advierto que esa reflexión debe necesariamente referirse a cada realidad nacional. Por ello solo intento identificar aquí algunos temas comunes a tales países y evaluarlos de manera concisa a la luz de las ideas de la economía social de mercado.

Entre los problemas que comparten muchos países latinoamericanos están, me parece, tres esenciales. El primero es la dificultad para crear plenas y competitivas economías de mercado, lo cual afecta su capacidad para generar riqueza de manera sostenible. El segundo es la exclusión social que mantiene a una parte significativa de la población de esos países en condición de pobreza. El tercero es el tipo de intervención que realizan los estados latinoamericanos en sus economías,

intervención que no suele estar orientada al perfeccionamiento de los mercados ni a la incorporación a los mismos de los sectores más pobres sino, por el contrario, a la perpetuación de formas de enriquecimiento y de obtención de rentas asociadas al uso del poder.

Estos problemas, apenas esbozados, se hallan estrechamente conectados entre sí y conforman una dinámica económica, social y política que, en varios casos, equivale a lo que he llamado capitalismo rentista. En otros casos, la intervención del Estado obedece a una concepción socialista burocrática, aunque no por ello los problemas son muy diferentes.

El rentismo supone, básicamente, instituciones y prácticas que hacen del progreso material, para diferentes grupos de poder, más un asunto de acceso a los centros del poder y menos de competencia en los mercados. Empresarios, políticos, burocracias, gremios, sindicatos y otros grupos han terminado, así, siendo partícipes de un sistema de privilegios diversos que deja al margen a los sectores más débiles y pobres.

En sociedades tradicionalmente excluyentes, como la mayoría de las latinoamericanas, «...en que las relaciones económicas dependen en alto grado de modalidades heredadas, de posiciones sociales privilegiadas, de poder o autoritarias, la implantación de procesos de mercado es casi un acontecimiento revolucionario» (ERHARD y MÜLLER-ARMACK, 1983). No es exagerado afirmar que la economía social de mercado constituye, en realidad, la antítesis del rentismo latinoamericano. Por eso su implementación en nuestros países constituiría una verdadera revolución. Aunque una revolución sensata.